

HUMANOS

Ángel Arcángel

Bajó del pulpito rodeado por un silencio que se podía cortar. La asamblea estaba perpleja. Los fieles españoles que llenaban la iglesia, muchos de ellos oficiales reales, letrados y encomenderos, habían acudido aquel domingo de Adviento, como de costumbre, para cumplir con el precepto del día del Señor. Estaba próxima la Navidad, y nunca hubieran imaginado una prédica como la que acababan de escuchar. Y menos aún el virrey don Diego Colón, que en primera fila había asistido, atónito, al sermón de aquel atrevido padre dominico, que le sonaba a herejía y desobediencia. "¿Quién se habrá creído que es este frailecillo —pensó don Diego— para soltarnos esta sarta de barbaridades en nombre de Dios y de la Santa Madre Iglesia? ¿Qué doctrina nueva es ésta que pone en duda todas nuestras creencias y cuestiona hasta la autoridad del Papa?"

Miradas furibundas, resoplidos y murmuraciones comenzaron a llenar la iglesia de los dominicos, cuyo techo de paja parecía que iba a venirse abajo tras el vendaval del predicador. O que tal vez iba a arder en llamas por sus inflamadas palabras, atribuidas por muchos de los asistentes al mismísimo demonio, que parecía haberle inspirado. Se trataba de Antón de Montesinos, un fiel hijo de Santo Domingo que —como el burgalés— había hecho de su palabra el arma más poderosa al servicio de la predicación del Evangelio. Aquella mañana del 21 de diciembre, una palabra más cortante que espada de doble filo.

Había llegado a la isla de La Española hacía poco más de un año, con la misión de evangelizar a los indígenas y vivir pobremente dedicado a ellos. Sevillano de nacimiento, y formado en Valladolid, Salamanca y Ávila, su contacto con Domingo de Mendoza había despertado en él el sueño de llevar a las Indias occidentales el mensaje del Reino de Dios, más que el de cualquier otro reino. A tal efecto se había embarcado en la nave que le

condujo, junto con otros tres hermanos dominicos, al lugar por el que había comenzado el "descubrimiento" de las Indias. Era un caluroso día de agosto, del año de gracia de 1510, cuando Pedro de Córdoba, Bernardo de Santo Domingo, Antón de Montesinos y el lego Domingo de Villamayor zarpaban del puerto de Sanlúcar de Barrameda, rumbo a las Indias. La incertidumbre de lo que allí se encontrarían se mezclaba en sus corazones con la temeridad de la fe ciega que movía a aquellos hombres de Dios.

— Se queda uno sin palabras viendo la inmensidad de este océano —le decía el hermano lego a Pedro de Córdoba tras cuarenta días de travesía— aunque ¡cualquiera diría que nunca llegaremos a nuestro destino!

— Tal vez, hermano, ése sea precisamente nuestro sino en esta tierra: estar siempre en travesía...

— Pero de vez en cuando, padre, le viene bien a uno llegar a un buen puerto donde quedarse amarrado. Que no todo va a ser contemplar la mar y navegar, ¿verdad?

— Bien decís, hermano, y en ésas precisamente estamos. Confiad en Dios nuestro Señor, que es quien conduce esta nave, y os aseguro que avistaremos tierra más pronto que tarde.

— Eso espero, padre, pues ya voy sintiendo en mi ánimo el peso de este viaje, y en mis carnes este calor sofocante. No me extraña que los israelitas se quejaran a Moisés cuando, esperando ver la tierra prometida, no veían otra cosa que desierto, arena y más arena. ¡Y así durante cuarenta años! Servidor, siendo franco, no habría aguantado tanto...

— No exageréis, fray Domingo. Yo os tengo por hombre de recia virtud y fe profunda, y sé que no habrá tempestad ni larga espera que os haga desfallecer.

Así, entre conversaciones y rezos, entre cansancios e ilusiones, transcurrieron los días hasta que avistaron tierra en La Española, donde les esperaba un nuevo mundo, una misión cuyos límites no imaginaban antes de besar aquella tierra prometida. Eran los primeros frailes de la Orden de Predicadores en llegar a la isla, pero pronto se les añadirían

unos cuantos más, intrépidos como ellos, movidos por el mismo espíritu apostólico de su fundador.

Sus primeros aposentos se los facilitó Pedro de Lumbreras, un encomendero que les ofreció una choza junto a un corral de su propiedad. Estaba claro que la pobreza iba a ser una de sus señas de identidad, como fieles discípulos de Domingo de Guzmán.

— No necesitó el Señor más que un pesebre para poner su morada entre nosotros — comentaba fray Antón de Montesinos al poner sus pies en la austerísima e improvisada vivienda—. Demos gracias que tenemos un lugar donde guarecernos y compartir nuestra hermandad.

— Confiemos en que la Divina Providencia se abstenga de obsequiarnos con vendavales o tormentas que echen abajo nuestra humilde morada—añadió fray Domingo, con su habitual realismo e ironía.

Poco después de su llegada, Fray Pedro, nombrado Vicario provincial de los dominicos para esta misión en las Indias, fue a la ciudad de La Vega a presentar sus respetos ante Diego Colón. Le habían llegado noticias poco favorables sobre el recién nombrado virrey, pero la misión que venían a realizar no podía pasar por alto su autoridad, que además tenía todo el beneplácito y los permisos de la Corona y del Santo Padre. Algo que el propio gobernador se encargó de recordar al padre Córdoba casi al término de su breve y formal conversación:

— No os olvidéis, padre, de que esta misión vuestra no está sólo en predicar las verdades de nuestro Señor a estos indios irracionales, y bautizarlos y convertirlos a la verdadera fe. Recordad que aquí hemos venido a extender la gloria de nuestra Corona, de nuestro reino cristiano, a convertir a estos infieles en súbditos del rey de Castilla. Todo aquello que hagan en estas tierras vos y vuestros frailes deberá servir a tal fin, para el que el Papa Alejandro VI nos otorgó su bendición desde los inicios de nuestra conquista.

— Descuide vuestra merced, pues no era otro nuestro pensar al venir a estas tierras. Como nos enseñó el Señor en el Padrenuestro, se hará la voluntad de Dios.

— Que en estas tierras es también la voluntad del rey Fernando, y la de quien os habla — apostilló don Diego.

— Ninguna noticia he hallado que contradiga vuestra afirmación —dijo, no sin cierta ironía, el vicario dominico.

— Ni la hallaréis, os lo aseguro —zanjó el virrey.

Pasaron los meses y la comunidad fue creciendo. La choza en la que comenzaron ya no era suficiente para los dominicos que habían llegado a la isla, que ya sobrepasaban la docena. Entre ellos, su querido amigo Domingo de Mendoza, quien años atrás había suscitado en ellos el sueño misionero. Habían crecido en número, así como crecía constantemente su humildad, su espíritu de mortificación y su celo por las almas. Vivían de la providencia, casi se podría decir que mendigaban su alimento. Hasta la primera iglesia que construyeron era fiel reflejo de su pobreza, con su techo de paja y su escasa ornamentación.

Desde su sencillez y generosidad fueron tomando contacto con las gentes que habitaban la isla, indios y españoles. Y se toparon con un panorama de lo más dramático. Poco a poco se fue desdibujando la imagen del paraíso de las Indias que se habían formado en su cabeza antes de zarpar, pues iban contemplando con estupor las condiciones en que vivían unos y otros. Se les removían las entrañas y la conciencia al comprobar la situación tan inhumana que habían de soportar los nativos, y la frialdad con la que los trataba la mayor parte de los encomenderos españoles, demasiado preocupados por el oro, sin remordimiento alguno ni atisbo de humanidad por su parte.

— No podemos callar más, padre —le decía fray Antón a su superior al volver de visitar una mina, un lluvioso día de noviembre—. Llevamos aquí más de un año y estamos

cansados de ver el sufrimiento injusto de estas gentes. Cuanto más contemplo a estos indios, más me recuerdan a los israelitas esclavos en Egipto. Están clamando y nadie los escucha, los tratan como animales y nadie mueve un dedo por ellos. Y lo más grave es que quienes los oprimen creen estar cumpliendo la voluntad de la Iglesia y de nuestro Señor.

— Sé de qué habláis, padre —añadió fray Pedro—. Cada mañana me arrodillo ante el Señor y le pido luz para entenderlo, pero cuando salgo fuera me topo con la misma oscuridad de siempre: las tinieblas del dolor de estas gentes, y las de los españoles que viven alegremente en ese pecado tan grave. Mi único consuelo es pensar que nosotros estamos a su lado, que les predicamos el Evangelio de nuestro Señor, que les enseñamos a leer, a rezar. ¡No es poca cosa, hermano!

— No es poca cosa, padre, claro que no. Pero vinimos aquí para evangelizar, para conducir a estas gentes a la fe verdadera. Y si hay una verdad en nuestra fe, es el amor y la caridad por cada hombre, tal y como nos lo enseñó Jesucristo. ¡Estos indios son hombres, como vos y como yo! Y sin embargo, llevamos meses siendo cómplices de las torturas e injusticias que han de soportar. Además, ¿cómo van a creer nuestra palabra si estamos del lado de los que les someten a esa terrible servidumbre? Hemos de hacer algo. ¡Me niego a callar por más tiempo! Que Dios nuestro Señor me perdone si le ofendo con estas palabras, pero la oración por estos indios no basta, bautizarlos no les va a salvar. Y a nosotros nos condenará el Señor si seguimos comulgando con esta situación sin hacer nada por cambiarla.

Fray Pedro enmudeció por unos instantes, meditando esas últimas palabras de su hermano dominico. Fray Antón estaba en lo cierto. El era un hombre de Dios, lo conocía desde sus tiempos en el convento de San Esteban, en Salamanca, y sabía que no era un imprudente, sino un profeta, un vocero del Señor que pasaba las mismas horas ante el Sagrario que junto a los nativos a los que evangelizaba con pasión. Tenía su mirada en el cielo, pero sus pies bien plantados en estas tierras, y sus manos extendidas hacia sus gentes.

Fray Pedro sintió en su interior que aquellas palabras de su hermano eran una señal del Altísimo, que los llamaba a actuar, a defender a estos hijos de Dios oprimidos. Ya no valía sólo con rezar y catequizar. Lo había leído y meditado cientos de veces en el libro del profeta Jeremías: su misión era también arrancar y derribar, destruir y demoler. Y en estas tierras había arraigado mucha injusticia, que debía ser arrancada de una vez. — Tenéis razón —dijo finalmente fray Pedro—. Reuniré a todos los hermanos en capítulo y trataremos el asunto. La comunidad decidirá qué debemos hacer, buscando la voluntad de Dios.

Al día siguiente, tras el rezo del oficio de vísperas, fray Pedro reunió a toda la comunidad en la sencilla sala capitular del convento, como había prometido. Les planteó la situación que había dialogado con fray Antón, y les pidió que, durante una semana, hicieran ayuno y oración. Que hicieran penitencia, que leyeran las Sagradas Escrituras y escucharan la voz del Señor. Esa voz que les hablaba en la Biblia y, al mismo tiempo, en la vida de los indígenas que sufrían a su lado.

Siete días después, los frailes volvieron a encontrarse en el mismo lugar, a la misma hora. Anochecía en la isla. La luz de los candiles del convento parecía ser el signo de que aquella comunidad había de iluminar la oscuridad en que vivían los indios y la ceguera de quienes los tenían sometidos. Había calma en los rostros de los frailes, y en sus ojos ese brillo que transparenta la luz de un corazón apasionado. Fray Pedro los invitó a compartir lo que habían estado meditando durante los días de ayuno y oración, y lo que el Señor les había inspirado que debían hacer. Les faltó tiempo para expresar todo lo que llevaban en su interior, pero en cada palabra, en cada gesto, en cada silencio de estos hombres de Dios, había un grito unánime: con sus vidas y con su palabra debían ponerse del lado de los oprimidos, ser su escudo ante los atropellos que llevaban años sufriendo. Y eso empezaba por hablar alto y claro, lo más pronto posible, ante aquellos que los tenían sometidos.

— Lo mejor sería presentarnos ante el virrey y exigirle, en nombre de Dios, que cese el trato inhumano hacia los indios —propuso con ímpetu fray Bernardo.

— ¡Sí, eso es! ¡Que nos oiga el señor gobernador! ¡Ya basta de vivir holgadamente a costa de estas pobres gentes! —añadió fray Domingo, tan franco e impulsivo como siempre.

— Calma, hermanos —serenó los ánimos el Vicario—. No nos dejemos llevar por los impulsos. Somos frailes, no políticos ni oficiales de la Corte.

— Así es, fray Pedro —intervino Antón de Montesinos—. Hace tiempo profesamos nuestros votos en la Orden de Predicadores. Así nos quiso nuestro fundador. Y a eso hemos venido a esta isla: a predicar la Palabra de Dios, no la nuestra. Así que no habrá mejor lugar para ser su voz que el pulpito de nuestra humilde iglesia. A ella acuden cada domingo todos los españoles a quienes debemos dirigirnos. Nos escucharán como hombres de religión que somos, nos oirán en nuestro terreno.

Tras las palabras de fray Antón, deliberaron largo y tendido sobre cuándo y cómo predicar, sobre la forma del sermón y quién había de ponerle voz. Finalmente convinieron, por unanimidad, que sería precisamente el padre Montesinos, por su arrojo y su don de palabra, quien dirigiera a los fieles, en la santa misa del domingo siguiente, la exhortación en nombre de toda la comunidad.

Durante los días que siguieron, fray Antón redactó el sermón, lo dio a leer a los hermanos, y juntos le dieron la forma y el contenido definitivos en que sería predicado. Lo titularon "Yo soy la voz del que clama en el desierto", estamparon su firma en él, y oraron para que esas palabras llegaran a buen puerto y convirtieran el corazón de los españoles.

Llegado el domingo, cuarto del Adviento, aquel 21 de diciembre de 1511, tras la lectura de la perícopa de San Juan, subió al pulpito fray Antón de Montesinos. Con voz firme y apasionada, con la convicción de estar en las manos de Dios y de ser su voz en medio de la asamblea, les habló con estas palabras:

— Me dirijo a vosotros, hermanos, desde este pulpito, para hablaros como el vocero Juan Bautista, como profeta que proclama la voz de Dios en el desierto de esta isla. Conviene, pues, que con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la escuchéis; quizá os será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura que jamás pensasteis oír. Pero habéis de oírla, bien lo sabe Dios. Esta voz os dice que todos estáis en el más grave de los pecados, y vuestro actuar es en verdad morir. No hay en vosotros verdadera vida, pues os privan de ella la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades? Pues se os mueren o, mejor dicho, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día. ¿Y qué cuidado tenéis de quien los enseñe y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿No dijo el Señor que aquello que no hiciéramos por estos hermanos, tampoco por El lo hacemos? ¿Es que acaso éstos no son hombres, no son vuestros hermanos? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo vivís en tan profundo letargo que os impide despertar de la pesadilla a la que sometéis a estos hijos de Dios?

Con éstas y otras palabras zarandó el padre Montesinos los oídos de los asistentes, que no salían de su asombro. Su indignación iba en aumento a medida que les hablaba, hasta el punto de que muchos fueron abandonando el humilde templo de los dominicos antes de terminar la misa. En pocos minutos se formó tal revuelo en los alrededores, que cuando el oficio religioso llegó a su término, un amplio grupo de encomenderos y cortesanos, encabezados por el mismísimo virrey Diego Colón, aporrearon la puerta del convento exigiendo que el padre Montesinos se retractase de sus palabras públicamente en la misa del

domingo siguiente. Pero lejos de hallar sumisión a sus requerimientos, se encontraron con un Pedro de Córdoba más firme aún que el propio Montesinos:

— Todos los frailes hemos firmado ese sermón. Es nuestra voz, no la del padre Montesinos, la que hoy ha hablado. O mejor dicho, es la voz de Dios que resuena en nuestros corazones desde hace meses, y que ya no hemos podido acallar por más tiempo. Si deseáis alguien que se retracte, no lo hallaréis aquí.

Y les cerró la puerta en sus narices. Al domingo siguiente, como había dicho el vicario, el padre Montesinos, lejos de hacer una retractación pública, volvió a predicar, con mayor vehemencia si cabe, para denunciar en nombre de Dios los abusos y la explotación a la que los españoles sometían a los indios. Les advirtió nuevamente del pecado tan grave en el que se hallaban, y que no esperasen salvación divina si persistían en su inhumana y nada cristiana actitud. No dudó en pedirles que comunicasen todo aquello a quien desearan, aun al mismísimo rey Fernando si era preciso. Y así lo hicieron poco después, pidiendo al monarca que expulsara a los frailes de la isla, por sus escandalosas palabras. Para los dominicos, aquello era más un triunfo que una amenaza. Irían donde fuera preciso, hablarían a quien estuviera dispuesto a escucharles, con tal de librar de la injusticia a sus hermanos los indios.

Al conocer los dominicos que las autoridades de La Española habían enviado una comisión a la Corte de Castilla para informar de los recientes sucesos, acordaron enviar también al padre Montesinos para entrevistarse con el rey en persona. Daba comienzo así una ardua y sacrificada empresa en favor de la dignidad de los indígenas, que a la postre lograría el reconocimiento del monarca y la promulgación de unas leyes que garantizaban, en cierto modo, sus derechos. Pero bien sabía Pedro de Córdoba que el camino que habían iniciado sería largo y difícil, y así lo expresó al despedirse en el puerto de un pensativo fray

Antón, poco antes de que éste zarpase en la nave que lo conduciría de nuevo hacia tierras castellanas:

— Cuando surcábamos el océano en dirección a esta Isla, el bueno de fray Domingo sufría porque le parecía que nunca llegaríamos a nuestro destino. Sus palabras resuenan hoy con una fuerza especial al veros partir, hermano.

— ¿Es que teméis que no llegue sano y salvo a nuestra patria, fray Pedro? —contestó con sorpresa fray Antón.

— No es eso, hermano, quedaos tranquilo. Es de otra travesía de lo que os hablo. Hemos iniciado un viaje mucho más largo que el que os conducirá al otro lado de este inmenso mar. Salvar a estos indios y hacer la voluntad de Dios en estas tierras nos traerá más tempestades que calma. Tal vez hasta nos cueste la vida. Pero hemos de tener valor y fe, hermano, y remar con todas nuestras fuerzas, para llegar a buen puerto, como anhelaba fray Domingo. Confiad en Dios nuestro Señor, que es quien conduce esta nave y este éxodo, y os aseguro que avistaremos tierra más pronto que tarde. La tierra que nos prometió y que soñó el Señor.